

PROYECTO DE HUMANO Y DIVINO (*)

Pbro. Eduardo De la Serna

Es bastante frecuente que, sea personal o colectivamente, solemos entender mal o que distorsionemos la persona y la figura de los santos (y beatos). Hay un dicho, tanto de la física como de la filosofía que dice que “las cosas se reciben al modo del recipiente”. Y - por lo tanto - es razonable que a los santos (y beatos) los adaptemos a nuestro modo de pensar, de sentir, de vivir. Ahora bien, que sea razonable no significa que sea justo. O que sea bueno. Para ser precisos, lo mismo hacemos con Dios y por eso la buena teología insiste en que “hay que dejar a Dios ser Dios” y no hacernos un Dios a nuestra imagen y semejanza. Y esto vale también para los santos y santas.

Es habitual que veamos de un modo distorsionado a los santos, pero deberíamos estar alertas frente a eso para “dejar a los santos ser” quienes realmente fueron y son. Veamos algunos ejemplos: estamos habituados, gracias a la propaganda del imperio expresada en miles de películas, a los héroes individuales, sean estos super héroes (Superman, la mujer maravilla, el hombre araña, etc) o grandes figuras solitarias (Rambo, James Bond, Gatúbela, etc). El santo o la santa sería así una

suerte de super cristiano o cristiana que, en ocasiones salva a la Iglesia de la debacle, o a una ciudad o reino de un desastre. Otra distorsión frecuente es aquella de las “vidas ejemplares”. Una especie de vitrina en la que grandes personajes de la historia se exponen para su admiración y aplausos, en este caso de aquellas y aquellos que profesan (profesamos) su misma fe.

Podríamos seguir, pero por sobre todo se impone una pregunta inicial. ¿Es esto realmente lo que fueron (son) los santos (y santas y beatos y beatas)? Dejemos de lado todavía otros elementos interesantes que valen la pena pensar, pero no es este el espacio para hacerlo como ¿qué nos dice o quiere decir la Iglesia al beatificar / canonizar a estos/as?, ¿por qué a estos/as y no a otros/as?, la domesticación - consciente o inconsciente, inocente o maliciosa - ¿no debería ser denunciada o invitarnos a estar alertas ante eso? La pregunta que se impone, quizás la primera, es ¿quiénes son?, ¿cómo fueron los santos/as? Personas históricas, en tiempos y lugares históricos, con conflictos históricos, en colectivos (eclesiales, sociales, políticos, familiares, territoriales) históricos. Entender a al-

-sigue en página 42-



Celebración en la Ermita del Pastor, 28 abril 2019. Fotografía: Eliana Lacombe.

guien como una especie de extraterrestre que sobrevuela nuestro espacio y tiempo es, teológica e históricamente falaz. Falaz y torpe. Con fina ironía, José I. González Faus dice que algunos parecieran decir que “el Verbo se hizo nube y sobrevoló sobre nosotros”. Y lo mismo cabe de algunos y algunas en los altares.

Dejemos de lado otro elemento muy importante, ante el que también hemos de estar alertas, y que aquí solo señalamos: los anacronismos. Es razonable pensar o intentar comprender a una santa o santo a la luz de nuestro tiempo. Esto implica desde cosas elementales: comidas, músicas y fiestas, pasiones, alegrías y dolores, opciones hasta cosas más complejas: posiciones ideológicas, sociales, políticas, teológicas, eclesiales, etc. Es fácil que nos preguntemos cosas sobre ciertas personas a la luz de elementos impensables en su tiempo y espacio. Y la respuesta será necesariamente distorsionada. Hay cosas que hoy vemos de una manera y ayer no se veían con esa dimensión o que las vemos aquí de una manera diferente a como se ven allí. Los ejemplos abundan y, quizás, son innecesarios. Solo señalemos que santas o santos anteriores a la revolución industrial no podrían entender cosas que hoy nos resultan obvias, o también que los campesinos entienden muchas cosas (el tiempo, la familia, la tierra, la lluvia, la vida) de un modo totalmente diferente a como lo entendemos en la ciudad.

Es evidente que sin tener en cuenta todos estos elementos, al mirar a los (y

las) mártires, los y las estaremos distorsionando, y - con notable frecuencia - les quitaremos su encarnación, su mordedura y - en el fondo - su mismo martirio. Los mártires son personas que vivieron un tiempo y espacio concreto y que por vivir (y hablar) de determinada manera eso provocó la violencia de algunos (o algunas) y la determinación de quitarlos de en medio. La violencia asesina es inescindible de la palabra y vida de los y las testigos y testigas. Por serlo muestran y revelan en qué y en quién creen. Pero no en una especie de meritocracia individual, sino como partes de un proyecto, de un pueblo.

Miembros de un pueblo eclesial

Para empezar, debemos verlos como partes de un pueblo eclesial. Es “este modo de ser Iglesia” el que molesta, no “este personaje” en particular. Un modo de ser Iglesia que este personaje y todo un colectivo también intentan vivir. Los casos de comunidades enteras martirizadas son un buen ejemplo de esto (los hermanitos del Evangelio, los pasionistas, los palotinos, los jesuitas de El Salvador). El ejemplo de la espiral que se iba cerrando sobre la figura del obispo Angelelli es otro. La intención de distorsionar la figura del o la “matado/a” es propia del “otro lado” de la mirada: Angelelli no era del cuerpo eclesial, era un outsider, un infiltrado. La frase “la pastoral de Angelelli es la pastoral de Pablo VI” pronunciada por monseñor Zazpe ubica el tema en su eje. Es miembro

del pueblo eclesial, dijo a quien quisiera escuchar.

Miembros de un pueblo local

Pero, además, ese pueblo eclesial, es local. “El pueblo de Dios que peregrina en La Rioja”, podría explicitarse. Y esto implica una encarnación. Una “riojanidad”, valga el neologismo. La encarnación del Hijo de Dios, implicó necesariamente una serie de elementos: para empezar, varón, judío de Galilea, campesino, en el siglo I... Todo eso implica elementos propios (que de ninguna manera han de leerse de un modo fundamentalista en el sentido de comprender que ese modo de ser es mejor que otros, por ejemplo, o que otros modos - ser mujer, por caso - son de “inferior calidad”) pero no se ha de olvidar que el “todo divino” al encarnarse se auto-limita, y sería un error entender ese “límite” que viene dado por la misma humanidad, por ejemplo, como si fuera el todo mismo. En el caso de La Rioja, mal haríamos los porteños - por ejemplo - en pretender “repetir” aspectos de la riojanidad que nos son ajenos. Una cosa es el proyecto que se encarna, y otra es la encarnación, la “carne de pueblo” (*). Teniendo esto en cuenta, también mal haríamos en pretender que en La Rioja “encarnen” aspectos porteños o cordobeses, por ejemplo. Y vale esto para los tiempos, las fiestas, las músicas, las dietas, los duelos, los caminos y las distancias, por ejemplo; el “grito de los de tierra adentro” (*). El pueblo de Dios en La Rioja necesariamente ha de

vivir el Evangelio en tal tiempo y ese lugar: “La Rioja florece en historia, vida y mensaje” (*). El tema de la tierra es un muy buen ejemplo de esto. ¿Cómo sería el anuncio de “buenas noticias” a campesinos despojados de la tierra u oprimidos y explotados por terratenientes latifundistas? Si la buena noticia para un ciego es que va a ver, la buena noticia para un paralítico es que va a caminar (cf. Lc 4,18) ¿cuál sería la buena noticia para el campesino riojano sin tierra?, la Buena Noticia (= Evangelio), ¿no sería que puede o podrá acceder a la tierra y ser propietario de la que trabaja? No cabe duda que esto molesta a los grandes propietarios, y que buscarán (y lograrán con frecuencia) silenciar el Evangelio (o domesticarlo). Pero los que se saben miembros del pueblo de Dios que peregrina en La Rioja (y lo mismo vale para tantos otros tiempos y lugares) por ser fieles a ese pueblo, precisamente, por ser parte de ese pueblo han de proclamar “buenas noticias”, hay que obedecer a Dios antes que a los seres humanos (Hch 5,29).

Miembros de un pueblo

Un pueblo es una comunidad con proyectos y sueños, tropiezos y opresiones, vida y muerte. Y las personas (no los extraterrestres, por cierto) viven en ese “ámbito” compartiendo con sus elementos y características propias esos sueños y dolores. Los sueños de un pueblo en un momento preciso de la historia sin duda no son los mismos que los que experimenta en otros tiem-

pos. ¿Cuáles son los sueños del pueblo argentino en los 70? Sin duda son diferentes a los sueños de hoy. Esa Iglesia de Dios que peregrinaba en La Rioja en los 70 tenía sueños, esperanzas, fracasos, miedos, ilusiones... había cosas que se veían “al alcance de la mano” mientras que otros elementos se veían como ilusorios o ingenuos. Y pensar a las santas y santos, beatas y beatos... y mártires de ayer, para que nos digan algo hoy y que ese “algo” no sea edulcorado, domesticado o anacrónico necesita ser mirado en su tiempo, con sus luchas y fracasos, sus miedos y esperanzas. El ser humano es pueblo, es proyecto.

El sueño de Jesús

Con frecuencia se dice que la Iglesia no puede hacer algo distinto a lo querido por Jesús. Y esto es absolutamente cierto siempre y cuando comprendamos qué es “lo querido” y qué es lo “encarnado”. El sueño de Jesús, que Dios reine, se expresa en la fraternidad y sororidad universal. Es eso lo que Dios quiere: que todas y todos seamos hermanos y hermanas, para lo que Él se revela como Padre - Abbá. Por eso el criterio casi único y absoluto es el amor. No puede entenderse como cristiano aquel o aquella que no sea capaz de ver como hijo o hija de Dios a los y las demás como hermanos y hermanas. Otros elementos, que Jesús vivió, en cambio, son propios de la encarnación, sin duda: la alimentación, el modo de las relaciones sociales, el trato con la mujer, los ejemplos (= parábolas), etc.

Ahora bien, ¿cómo “encarnar” este sueño de Jesús en la realidad riojana de los 70? Ante los campesinos sin tierra, por ejemplo, pretender acompañar, aportar y apostar a que la tierra sea de quienes la trabajan, a la conformación de una cooperativa, por ejemplo, eso sí se asemeja bastante a ese sueño de Jesús.

¿Por qué lo matan? ¿Por qué muere?

Podríamos ironizar diciendo que el sueño de Jesús era una pesadilla de los poderosos. Sentir que perdían poder, o podían perderlo, les quitaba el sueño. Y decidieron pasar a los hechos. Ya que no se podía silenciar su voz (ver Am 7,10), había que silenciar su persona. Lo mismo ha de decirse de los y las mártires. Por eso muchos han distinguido o pensado la muerte de Jesús – y la de muchas y muchos – como “muerte de profetas”. Valga aquí una palabra: una cosa es por qué lo/s matan y otra muy diferente es por qué muere/n, con qué actitud enfrenta/n la muerte. El profeta no puede callar lo que ha visto y oído (Hch 4,20), y el poderoso intenta silenciarlo. El asesino mata a quienes ponen en riesgo sus bienes, sus proyectos (o los que tiene introyectado), se trate de un profeta, un político, un pastor... Es muy diferente a la actitud con la que el (o la) mártir / profeta / pastor enfrenta la muerte posible (y no deseada). Una es la razón del asesino para matar, y muy otra la del o la mártir para afrontar la muerte. Aquí cabe una palabra sobre el “dar la vida”. Las traducciones de la Biblia

suelen insistir en eso (el pastor da la vida, dar la vida por los amigos, etc). El término griego (títhēmi) es literalmente poner (¿dónde lo han puesto [a Lázaro]? pregunta Jesús en Juan 11,34). Se trata de alguien que pone su vida delante del peligro (entre el lobo y las ovejas). Obviamente no quiere morir (no “da”, entonces, la vida, la arriesga), pero lo cierto es que (en el caso concreto de Jesús y de los mártires) al arriesgarla la pierde, se la quitan (y en ese sentido sí “da la vida”). Pero también hay cientos de casos de quienes arriesgaron la vida y esta no les fue arrebatada (antiguamente se distinguía entre “mártires” y “confesores”).

El Evangelio y el pueblo

El ser humano es proyecto. Siempre (*). Y si hay algo que son los y las mártires es “humanos”. Los inhumanos son los otros (y otras). Los asesinos. Buscar humanizar las relaciones, la sociedad, el mundo sin duda es bastante “divino”. Es la inhumanidad la que transforma al hombre en “lobo del hombre”. Y esa humanidad divinizada es el anuncio de la Buena Noticia de Jesús. Un proyecto inalcanzable sin la iniciativa de Dios (por eso el Reino es “de Dios”) a la cual llamamos “gracia”. Nada más lejano a los méritos (y a la meritocracia); bastante diferente es el “super-hombre” al “santo”, al hijo o hija de Dios. Se trata de hundirse en el pueblo de Dios y dejar que florezca la mostaza o fermente la levadura que es obra de Dios. Ese es el Evangelio.

El ser humano es pueblo. Siempre.

Ser miembro y parte de un pueblo es también dejarse modelar por una historia, una tierra, un camino. Nada más ajeno al individuo ejemplar, al “prócer” (la persona ilustre, “elevada”). Se trata de hermanas o hermanos que “caminan juntos” con nosotros, con una misma dirección, enfrentando las adversidades (lo que, con frecuencia, implica “adversarios”, “anti pueblo”). Y recordando siempre que los pobres constituyen “el corazón del pueblo”. De tan hombre “es puro mensaje” (*). Poner un oído en el Evangelio y otro en el corazón del pueblo es precisamente encarnación.

El gran teólogo luterano alemán Karl Barth, que quizás inspiró a Enrique Angelelli, afirmaba que hay dos lecturas que el cristiano debe tener cada día: la Biblia y el periódico (no conocía a Clarín y La Nación, ironicemos). Son los dos pies con los que se ha de caminar, del mismo modo que los dos oídos para escuchar el Evangelio y el pueblo. Escuchar solo al pueblo se puede prestar a sociologismo puro; escuchar solo el Evangelio se puede prestar a espiritualismo desencarnado. Es ese pueblo evangelizado y Evangelio encarnado el que molesta. Es el “causante” de los martirios. Los pueblos crucificados tienen hoy sus contemporáneos Pilatos, pero - además - personas, miembros de esos pueblos, crucificados ellos a su vez, que son banderas de esos mismos pueblos. De banderas se trata, entonces. De caminos.

(*) El asterisco a continuación de una frase encomendada alude a poemas de Enrique Angelelli.